

Deriva necropolítica: violencia, temor y resignación en una política moderna agotada. Una *confusión* recordando a Francisco “Paco” Rhon

Eduardo Gudynas*

Se revisan recientes crisis en América Latina, enfocándose en problemas como la violencia, el temor y la resignación, lo que a su vez lleva a una indiferencia y alejamiento de la política. Se argumenta que aquellos síntomas responden a una condición más profunda por la cual la política convencional de la modernidad deriva en una necropolítica. Esta se describe como una aceptación, resignación o indiferencia con el dejar morir a las personas y a la Naturaleza, pero manteniendo viva y operando la economía. Esta condición se dialoga con ideas de varios autores, entre ellos Karl Marx, Hannah Arendt, escogidos como homenaje a las conversaciones con Francisco “Paco” Rhon. Se indica que la necropolítica es propia del agotamiento de la política moderna al no lograr soluciones nuevas o efectivas a esos problemas, y de la amputación de la agencia moral en las personas. Finalmente se ofrecen guías para futuras tareas para ahondar y precisar la condición necropolítica y explorar alternativas de cambio.

Se proponía volver a leer un libro de “esa señora”, y lo tenía junto a otro escrito por el “señor” Karl Marx, como parte de sus reflexiones, que él mismo describía como “confusas”. La “señora” era Hannah Arendt y el libro que había separado era *¿Qué es la política?* Así los nombraba Francisco “Paco” Rhon en los mensajes que intercambiamos, aprovechando el correo electrónico y los celulares, a mediados de 2022, un poco antes de que falleciera.

Recordé inmediatamente ese intercambio meses después, en abril de 2023, cuando en una estadía en Quito veía el reporte periodístico de una matanza de pescadores que acababa de ocurrir en la localidad de Esmeraldas, en el norte de Ecuador. En ese hecho dramático y violento, nueve pescadores fueron asesinados en pocos minutos por un grupo de unos treinta sicarios, lo que supuestamente se debía a disputas entre bandas criminales.¹ Las reacciones gubernamentales fueron

* Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES), Montevideo, Uruguay.

1 Ver: Mella, Carolina (2023). “Un comando de 30 sicarios y nueve muertos: la furia del crimen perpetra una masacre contra pescadores en Ecuador”. *El País*.

desconcertantes, y en especial escuchar a un jerarca militar diciendo que “estaban ante una guerra que ganarían porque tenían armas pesadas y tanques”.

Ni esos asesinatos, ni la endeble reacción gubernamental o la exageración militar, generaron un escándalo político de tal intensidad que pusiera en riesgo al Gobierno. En cambio, presencié que esa misma noche, como en las anteriores, la ciudad de Quito languidecía. A las diez de la noche ya estaba casi desierta, cada uno resguardado en su hogar, con pocos automóviles en las calles y los comercios cerrados. Me explicaban que en la ciudad de Guayaquil el confinamiento voluntario era más intenso. Por lo tanto, la reacción generalizada era refugiarse, silenciarse o resignarse.

Son situaciones que tienen múltiples vinculaciones con las referencias de “Paco” Rhon a Marx y Arendt, ya que fueron autores que abordaron la violencia, las respuestas gubernamentales y ciudadanas, e incluso los sentidos de la política. Pero, además, la referencia a la “confusión” también es relevante porque esa palabra, en uno de sus significados originales, alude a una acción que busca fusionar, mezclar, combinar; incluso eventualmente de modo caótico.

Teniendo presentes todas estas circunstancias, aquí se comparte una reflexión sobre algunos aspectos que usualmente se describen como crisis políticas, dialogando con varios autores, entre ellos Marx y Arendt, y desde una mirada latinoamericana. Es además un ejercicio en la confusión, como mezcla o combinación, sin pretender defender conclusiones sino como un ejercicio. Finalmente, es un homenaje a “Paco” Rhon, quien no sólo fue el director del Centro Andino de Acción Popular (CAAP) y de la revista Ecuador Debate, sino también un animador de todo tipo de discusiones, y más allá de todo eso, un querido amigo. Estas reflexiones son parte de un programa de análisis sobre “otra política”, algunos de cuyos resultados se adelantan como documentos de trabajo o en eventos públicos.²

Múltiples crisis

Repasando las crisis más recientes y evidentes en América Latina, es adecuado comenzar por la situación en Perú. En ese país se observa un derrumbe del sistema de partidos, de la representación legislativa y de la propia presidencia. Al intento

² Los documentos de trabajo están disponibles en el sitio web: <https://otrapolitica.substack.com>; algunas ideas se compartieron en la mesa redonda sobre “Desaprender la exclusión y abrazar la diversidad”, organizado por el Instituto Distrital para la Participación y Acción Comunal (IDPAC) de Bogotá en 2022, y en una clase abierta en FLACSO, Quito, en 2023; y otras en medios de prensa (como *Desde Abajo* en Bogotá, *Noticias Ser* en Lima, etc.).

de disolución del Congreso del entonces presidente Pedro Castillo, a fines de 2022, le sucedió, Dina Boluarte. La nueva presidenta se aferra a su cargo a pesar de las repetidas protestas ciudadanas y aplicó una dura represión política que ha dejado un saldo de casi setenta muertos y centenares de heridos.³

En Ecuador también se lidia con una fragmentación de los partidos políticos, un desencanto con la representación legislativa y la ineficiencia en la gestión ejecutiva. Todo ello condujo en 2023 a la “muerte cruzada” con la disolución de la Asamblea Legislativa y el llamado a elecciones anticipadas, con un Presidente desprestigiado que no se presentará para reconquistar su puesto (García-Mayoral, 2023).

En Chile, el llamado estallido social de 2019 fue seguido por un proceso constituyente y un cambio de gobierno a cargo de Gabriel Boric, que intenta un viraje político pero enfrenta a sectores conservadores que en los hechos controlan el poder legislativo. Al mismo tiempo, el proyecto de nueva Constitución fracasó, asestando un duro golpe a las aspiraciones de cambio (véase, por ejemplo, Titelman y Leighton, 2022).

Argentina padece desde hace varios años una sucesión de crisis económicas, sociales y políticas, con diálogos cada vez más crispados y repetidas protestas en las calles a medida que se extiende la pobreza (véase, por ejemplo, Piva, 2022). En Bolivia, el gobernante Movimiento al Socialismo se ha dividido en tres corrientes, enfrentadas entre ellas, y a su vez con la oposición y las organizaciones ciudadanas.⁴

Se ha celebrado que Jair Bolsonaro, un político de la extrema derecha, no lograra la reelección en Brasil. Sin embargo, ese grupo político mantuvo una fuerte representación parlamentaria y la elección de Lula da Silva descansa en una coalición extensa y frágil, bajo intereses y perspectivas que incluso pueden ser opuestas (Singer, 2023).

Entretanto, un giro más auspicioso ocurrió con la elección de Gustavo Petro como presidente de Colombia. El cambio se produjo luego de una sucesión de protestas y movilizaciones ciudadanas contra los gobiernos anteriores, como ocurrió con el “paro” que enfrentó la administración de Iván Duque, aunque también quedaron instaladas restricciones internas y externas (Hylton y Tauss, 2023).

³ Véase, por ejemplo: Quispe y Prado (2023). “Dina Boluarte sería blindada en el Congreso pese a los 67 muertos”. *La República*.

⁴ Un ejemplo de esas disputas ver: Atahuichi, Rubén (2023). “Morales invita a Arce y a Choquehuanca al congreso de ‘unidad’ del MAS en Lauca Ñ”. *La Razón*.

Los eventos recientes a su vez están enmarcados en crisis anteriores, entre las cuales necesariamente se debe recordar la pandemia por coronavirus. El golpe sanitario fue muy severo, se estima que fallecieron cerca de 1,5 millones personas, según las cifras oficiales (aunque seguramente el número real es más alto).⁵ En paralelo se agravaron los problemas económicos, aumentó el desempleo, la informalización y la pobreza. Son secuelas, como si en una guerra se hubiesen bombardeado varias ciudades latinoamericanas. Pero no se desataron reacciones ciudadanas enérgicas, no cayó ningún gobierno ni se impusieron cambios políticos significativos por los modos que desde el poder se gestionó la pandemia. Incluso, varios gobiernos aprovecharon esa situación para reforzar las medidas de control, vigilancia y represión ciudadana, y fortalecieron estrategias de desarrollo convencionales, tales como los extractivismos (Gudynas, 2021). Las herencias que persistieron alimentan, sin duda, las actuales crisis.

Estas crisis a su vez han estado encadenadas a otras de más largo tiempo, y que discurren a diferentes ritmos. Más allá de las peculiaridades de cada una, hay elementos que se repiten o mantienen constantes. Un ejemplo relevante de esas persistencias es la violencia, sea aquella expresada desde la ilegalidad, como el reciente caso en la ciudad ecuatoriana de Esmeraldas citado al inicio de este artículo, como aquellas descritas como guerra interna en Colombia. América Latina sigue siendo la región más violenta del mundo, con situaciones dramáticas en países como Brasil, México, Colombia y Venezuela (Muggah, 2022). A pesar de esta gravedad, no hay mejoras sustantivas, y las condiciones de seguridad y convivencia se deterioran poco a poco con el paso de los años.

Reactivos y hastiados

Estos y otros problemas son bien conocidos, han sido repetidamente diagnosticados, se han acumulado muy diversos planes y programas para supuestamente resolverlos, pero una y otra vez están de regreso. La cuestión, por lo tanto, no es solamente describir esas problemáticas, sino advertir esa persistencia, esa repetición, y la incapacidad de solucionarlo por lo que usualmente se denomina “sistema político”.

Esto no implica negar, desatender o minimizar cambios o reacciones. En efecto, han existido todo tipo de denuncias ciudadanas, protestas en algunos casos, que en ocasiones resultan en generalizadas movilizaciones ciudadanas

⁵ Información según Our World in Data, al 18 febrero de 2023, <https://ourworldindata.org>.

(como ocurrió en Perú y Colombia, pero también en Ecuador con el “paro” indígena en 2022),⁶ y que incluso pueden escalar a estallidos generalizados (como en Chile en 2019).

Pero, por lo general, a pesar de denuncias, escándalos, ilegalidades o corrupción, ministros y otras autoridades, los presidentes o legisladores se mantienen en sus puestos. En algunos casos han tenido lugar cambios en los partidos políticos que controlaban el Gobierno, alentados por promesas de cambios radicales. Una sucesión de ese tipo ocurrió con la derrota del kirchnerismo en Argentina para ser sucedido por la administración de Mauricio Macri, quien prometía un cambio de rumbo para solucionar los problemas del país; fracasó en ello y eso dio paso a otro viraje, con un nuevo regreso del kirchnerismo, el que también repitió un fracaso. Esas administraciones guardan muchas diferencias, pero a pesar de ello muchos problemas persistieron o se agravaron.

Esas situaciones alimentan las conocidas posturas de desconfianza con los actores políticos y el mundo de la política. Actitudes que se expresan en dichos populares tales como “todos los políticos son iguales”, dicho en tonos despectivos, o “todos los políticos son ladrones”. Se genera un alejamiento, hastío o desinterés con la política, y con ello la resignación o indiferencia con lo que sucede en cada país. La violencia, padecida tanto por bandas criminales como por el Estado, contribuye a esa retracción de la discusión pública.

No sorprende que, si bien casi la mitad de los latinoamericanos considera que un régimen democrático es preferible a uno autoritario, el 70% de los consultados estaban insatisfechos con la política. Las personas no confían en los políticos ni en las instituciones clave en las que éstos operan. En encuestas continentales, apenas un 27% de los consultados confía en el gobierno, en el poder legislativo apenas llega al 20% y se desploma al 13% con los partidos políticos (Latinobarómetro, 2021). Las personas confían mucho más en la Iglesia, militares, policías e incluso empresas que en los espacios o actores políticos.

Existen numerosos estudios sobre estas condiciones, que son descritas como crisis políticas, desencanto o distanciamiento de la política, o bien se las analiza apelando a conceptos como pospolítica, posdemocracia, populismo, nuevos fascismos, etcétera. Como ejemplos de esos abordajes se pueden señalar a Crouch (2004), Hay (2007), Judt (2011), Mair (2013), y Levitsky y Ziblatt (2018). No es necesario hurgar en ello aquí, ya que basta con dejar planteado el asunto.

⁶ Sobre las circunstancias de Ecuador, véase: Ospina Peralta (2022).

Resignación e indiferencia

En ese alejamiento, desinterés o hastío con las prácticas políticas juega un papel importante que las crisis se produzcan repetidamente, encadenadas unas con otras. En algunos países parecería que después de la fase aguda de cada crisis, el resultado final deja al país en una situación más deteriorada que antes. Esa cadencia y sus saldos era una problemática que preocupaba a “Paco” Rhon, y que frecuentemente era motivo de nuestras conversaciones. A propósito de ello, en varias ocasiones nos enfocábamos en lo que ocurría en Perú, y los acontecimientos más recientes, anotados anteriormente, apuntan en ese mismo sentido.

En la actual crisis en ese país, la desaprobación con los políticos sube a niveles escandalosos, superando el 90% (*La República*, 2023). Eso hace que mientras las mayorías se desentienden de la política, aquellos que protestan y demandan cambios no logran sumar los respaldos necesarios y terminan desamparados. Las mezclas de desinterés y hastío permiten que la represión gubernamental se repitiera, e incluso fuera negada o minimizada por la presidencia.

El caso peruano también sirve para siempre tener presente esa sucesión de crisis políticas, ya que los episodios de protestas y represiones violentas no son nuevos. Por ejemplo, en 2009 indígenas amazónicos se movilizaron contra medidas gubernamentales que afectaban el control sobre sus territorios y promovían los extractivismos. En ese contexto ocurrió una dura represión policial y militar que desembocó en la llamada “masacre de Bagua”, con al menos 33 muertos (los testimonios indígenas en Manacés Valver y Gómez Calleja, 2013). Eso despertó una ola de indignación en muy amplios sectores sociales, llamados a respetar a los pueblos originarios amazónicos y lo que en ese momento aparecía como un consenso que algo así no debería repetirse. Pero al poco tiempo esas exigencias se debilitaron, y el país cayó en nuevas crisis con más represión y muerte.

Una vez más es necesario indicar que en algunos casos existen reacciones ciudadanas potentes y efectivas. Se supera la desconfianza y el hastío en amplios sectores, los posicionamientos morales de indignación y demandas de otro “deber ser” se multiplican, y logran cristalizarse cambios. Por ejemplo, Argentina padeció en 2002 una severa crisis económica, social y política que tiene ciertas similitudes con la observada en la actualidad en algunos países. En aquel entonces se sucedían repetidas marchas ciudadanas, hasta que en una de ellas murieron dos manifestantes.⁷ Ese hecho fue considerado intolerable por buena parte de la

⁷ Véase, por ejemplo: Fianza, Ariel (2022). “El año del desierto”. *Anfibia*.

sociedad, pero también asumido de ese modo por la clase política. Esos condicionamientos morales llevaron a que Eduardo Duhalde -en ese momento presidente-, adelantara el cronograma electoral para tener elecciones a los pocos meses y desechar a una posible reelección.

La cuestión a analizar, es por qué eso no ocurrió en Perú bajo un aluvión de protestas y casi 70 muertes desde fines de 2022. Boluarte se mantuvo aferrada a su silla presidencial, y la tragedia que vive el país no le resulta vergonzosa a la mayor parte de los congresistas. No solo eso, sino que redoblaron su apuesta aprobando medidas que hubiesen resultado indefendibles poco tiempo atrás, como fue la resolución de la Corte Suprema de considerar que la protesta ciudadana es un “delito”.⁸

Se puede indicar que eso resulta del deterioro en la calidad, formación y responsabilidad de muchos actores políticos. No solamente estamos ante incapacidades e ineficiencias, sino que algunos incluso ingresan a la actividad política como una extensión naturalizada o necesaria para mantener prácticas de corrupción. Otros son simplemente incapaces de considerar intolerables algunas prácticas o avergonzarse por otras. Por lo tanto, en las crisis recientes, los actores políticos clave y la política que producen, los mandatos morales se resquebrajan.

En la presente crisis peruana, el escenario se agravó, ya que en las represiones los policías dispararon a las multitudes que marchaban, algo que ni siquiera ocurrió bajo el fujimorismo, según afirma Eduardo Cáceres de la Asociación Pro Derechos Humanos (Trelles, 2023). Sin embargo, a pesar de eso, no se logró articular una reacción ciudadana generalizada que incluyera, por ejemplo, a los sectores medios y populares, que por su volumen obligara a la renuncia de la presidente o a un cambio de rumbo gubernamental -como por ejemplo reconocía Martín Tanaka, 2023-.

Anteriormente y durante el gobierno autoritario de Alberto Fujimori, la represión y la violencia también estuvieron muy presentes, y esas circunstancias a su vez tenían como antecedente aquellas de Sendero Luminoso y del Estado que lo combatía. Teniendo presente ese recorrido, José De Echave (2023) apunta que “transcurridos 20 años del informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y 40 años de la violencia que golpeó a Perú bajo el senderismo y el fujimorismo, frente a la situación actual *pareciera que nada sustantivo ha cambiado*”. Todo eso, a su vez, se inserta en previas sucesiones de conflictos, represiones y violencia.

⁸ Ver: Romero, César (2023). “Corte Suprema dice que no hay derecho a la protesta; es un acto ilícito”. *La República*.

Una vez más, se debe tener presente que existieron experiencias donde bajo condiciones tanto o más graves, hubo actores políticos y movilizaciones ciudadanas que buscaron o lograron cambios sustanciales. Reaccionaban desde moralidades que consideraban indigno, intolerable, trágico o vergonzoso que, pongamos por caso, se violaran los derechos de las personas, y a la vez ofrecían ideas y sensibilidades de alternativas distintas que eran posibles. En ese abanico de reacciones y opciones de cambio lograban sumar a amplios sectores ciudadanos anulando la desconfianza o el hastío.

Democracia formal y temor

No puede pasarse por alto que las situaciones descritas ocurren bajo democracias formales en casi todos los países latinoamericanos. Colombia es un ejemplo sustantivo de esas condiciones, ya que la violencia interna, incluso descrita como guerra, ha ocurrido allí por décadas bajo regímenes que, como señalaba en 1987 el intelectual Estanislao Zuleta, mantenía “todos los rasgos de la democracia clásica”.⁹ Su juicio sigue siendo válido tanto en ese como en otros países, ya que se eligen las autoridades nacionales, locales y legisladores, se dice que hay una separación entre los poderes estatales, se enumeran diversas libertades que, como señalaba Zuleta, en cierto modo funcionan.

Sin embargo, Zuleta (2015) inmediatamente advertía que esa democracia está “habitada por el terror en toda la trama de sus relaciones y en todo el territorio nacional”. Se reconocía la libertad de prensa, pero había periodistas amenazados y asesinados; se admitía la libertad de organización y participación política, pero se mataban militantes y dirigentes; docentes o artistas también eran amenazados o perseguidos, y así se repetía en otros ámbitos.

Un repaso de los hechos recientes en Colombia confirma esa evaluación. Bajo la presidencia de Iván Duque, en las protestas de 2021 la represión policial y militar desembocó en la muerte de por lo menos 84 personas, 1.790 heridos, y 298 militantes de derechos ciudadanos atacados (Amnistía Internacional, 2023). Más de 500 defensores de los derechos ciudadanos fueron asesinados desde 2016, y decenas de miles han sido desplazados de sus territorios (Human Rights Watch, 2021). Persiste la violencia interna en muchos sitios del país, entremezclándose el narcotráfico con los extractivismos mineros, petroleros y con los agronegocios. Bajo circunstancias como esas, la participación democrática se vuelve un riesgo insoportable, ya

⁹ “La violencia política en Colombia”, originalmente redactado en 1987 y publicado en la revista *Foro*, N° 12, 1990; reproducido en Zuleta, 2015.

que las posibilidades de ser perseguido, desplazado, torturado o asesinado son reales (Castro y Muñoz, 2022). Una democracia sana se vuelve imposible.

Como advierte Zuleta, es una democracia que está “auténticamente” ocupada por el “terror”, el que alcanza a todas las relaciones sociales y se extiende por toda la geografía del país. Es un miedo extremo que todo lo invade. Ese tipo de temor alimenta la retracción y el alejamiento de la política, reproduce la exclusión e incluso contribuye a la violencia. Son las condiciones que reemplazan las espadas de los conquistadores, el látigo o la bayoneta de siglos pasados. Como advierte Rivera Cusicanqui (2010), a partir del caso boliviano, podría decirse que en toda la historia reciente operó la violencia, la segregación y la colonización de las almas.

El temor, e incluso el terror, produce la aceptación ante la violencia y la exclusión, pero a la vez la alimenta en otros, y de esos modos contribuye al alejamiento de la política. En una aguda observación, Zuleta alerta que uno de los aspectos más tristes de la miseria es aquella que es “vivida como una fatalidad natural”. Es abandonar la esperanza por una lucha como “suma de fuerzas en una empresa común” para caer en la desesperación o la resignación.

Las condiciones que se acaban de describir, hacen que esa mezcla entre violencia, miedo, fatalismo y desesperanza afecte a la política como un todo. Es entendible que amplios sectores ciudadanos no puedan o no deseen reaccionar, como ocurrió en Lima durante las movilizaciones en sus calles o en Quito y Guayaquil con los vecinos que se confinaban. Pero el caso peruano puede ser la expresión de una situación aún más radical, revelando el colapso social, tal como afirma José Carlos Agüero (Patriau, 2022). Aunque se suele decir que se lidia con una crisis política que lleva a otra y otra, en realidad sería un derrumbe, entendiéndolo como la condición por la cual “el tejido social se deshilvana, cuando las instituciones dejan de serlo”. Por lo tanto, no son sólo crisis políticas en el sentido de cómo operan las instituciones del Estado, el sistema judicial o los mecanismos democráticos. Es, algo más profundo, donde están afectadas las concepciones y sensibilidades por las que se genera la política en su más amplio sentido.

La deriva necropolítica

La diseminación de la resignación, el hastío o el rechazo de la política, bajo condiciones de violencia generalizada, el temor, muestran una deriva hacia lo que puede calificarse como necropolítica. Este concepto puede ser descrito, resumidamente, como una política que deja morir a las personas y a la Naturaleza, pero mantiene viva a la economía.

El término y la idea fueron propuestos inicialmente por el camerunés Achille Mbembe, a inicios de los años 2000, para describir condiciones que resultaron de eventos como atentados terroristas y respuestas militares (Mbembe, 2011; 2016). Inspirado en esa idea, actualizada y ajustada a las circunstancias latinoamericanas, permite caracterizar de mejor manera las circunstancias que se están describiendo en este texto.

En los últimos años, y en especial a partir de la pandemia, se han generalizado y legitimado posturas de resignación con las muertes, aceptación de la violencia, tanto la estatal como la criminal; se toleran gestiones que enfatizan la vigilancia, el control y disciplinamiento, y en ocasiones se exige profundizarlas (Gudynas, 2021). Paralelamente, se impone una destrucción de la Naturaleza, en una escala y severidad multiplicada. Entretanto, la indignación y el horror ante la muerte y la opresión, en muchas ocasiones quedan en minoría.

Esa aceptación de la muerte de las personas y también de la naturaleza es propia de la condición de la necropolítica. No es que no existieran voces que rechazaran esa situación, que defendieran la vida, que intentaran cambiar esas prácticas y, que incluso lograran algunos éxitos. Lo que está ocurriendo es un cambio en el balance por el cual ya no se logra detener la violencia y avanza, poco a poco, la aceptación de ese dejar morir. El concepto de necropolítica no aplica a eventos singulares, ni a formas de violencia u odio radical, sino que se generalizan acciones o inacciones por las cuales se tolera y naturaliza la muerte. Se refuerza un sentido sacrificial porque esas muertes son asumidas para mantener vivas y vigorosas a las economías tal como las conocemos. Por lo tanto, hay una reconfiguración de las demandas morales haciendo tolerables, comunes o invisibles todos esos impactos; produce contextos donde se impone la indiferencia.

El dejar morir

La política actual, propia de la Modernidad, fue idealizada y justificada como una expresión de la razón, un compromiso con promesas ambiciosas como defender la vida, asegurar la libertad, y promover el bienestar. Se conformó a partir de pretendidos acuerdos o evidentes imposiciones por las cuales las personas cedían aspiraciones y pasiones para aceptar controles y castigos que supuestamente servirían para erradicar el miedo y la violencia. Esos acuerdos o “contratos” sociales se organizaron desde distintas perspectivas ideológicas y prácticas, con múltiples disputas entre ellas, a veces sangrientas, aunque todas enmarcadas en la Modernidad (Taylor, 1996; Beck, 1998; Palti, 2018).

Navegando esas tensiones y contradicciones, se prometía asegurar la vida, la paz y la libertad, aunque simultáneamente se constituyeron mecanismos de control y disciplinamiento, reglas y restricciones, con sus saberes específicos. Esa dinámica, que puede describirse como propia de la biopolítica que, siguiendo a Michel Foucault, instituyó el sujeto con derechos que al mismo tiempo debía ser un agente económico necesario para sostener los procesos productivos (Foucault, 2021). Se ejerce un poder sobre las personas, sus cuerpos y sus ambientes, pero para que este sea efectivo y repetido esos individuos deben estar vivos. Entendida de ese modo, la biopolítica de la Modernidad opera y necesita de personas vivas, participantes de la política, aunque bajo reglas y condiciones que ella misma establecía.

En ese contexto ocurrían acciones y reacciones por las cuales se resistían distintas formas de castigo y disciplinamiento, intentándose contener o corregir algunas de las expresiones más oscuras de esos modos de ser modernos. Ocurrían, de ese modo, avances, como pueden ser las primeras salvaguardas para los trabajadores hasta las más recientes normas de protección ambiental. Esas oposiciones se están alterando, como se desprende de los casos abordados aquí.

Las tensiones o contradicciones siempre estuvieron presentes. Los espacios, libertades y derechos que se conquistaban luchando contra la opresión, el disciplinamiento o el despojo seguían a nuevas formas de esos controles, a veces más efectivas y más temibles, parafraseado a Agamben (2020: 184). Eso, a su vez, desencadenaba nuevas resistencias y luchas, y así sucesivamente.

El concepto de necropolítica sirve para advertir que esa dinámica está cambiando sustancialmente. No sólo porque se mantienen esas pulsiones de dominación y control, sino porque la indignación y rechazo se modifica, y con ello se reducen las capacidades en escalar reacciones a medida que prevalece el temor, la resignación y el alejamiento de la política. En observaciones que tienen muchas cercanías con las de Mbembe, Agamben advierte que se va desplazando el umbral que separa las decisiones sobre la vida de aquellas sobre la muerte. La política de la muerte, tanatopolítica según el término de Agamben, reemplaza a la biopolítica (2020: 186).

La necropolítica transita por la aceptación resignada o indiferente de la muerte de la vida, pero al mismo tiempo, por asegurarse en mantener vivas las economías. Se imponen y legitiman estrategias de desarrollo que devoran la Naturaleza, mientras se aseguran ciertos patrones de productividad y obediencia para mantener funcionando esa economía política. Se conforma un necrocapitalismo, para utilizar el término de Tyner (2019), que también encierra cercanías con el de necropolítica. Tyner argumenta que son necesarios “cuerpos” que aseguren

productividad para generar riqueza y que asuman participar como productores y consumidores en el capitalismo, pero aquellos otros que son redundantes o improductivos se vuelven innecesarios. Se convierten en “cuerpos” irrelevantes que pueden ser desechados, desprotegidos y encaminados a muertes prematuras (Tyner, 2019: xiii).

La deriva hacia la necropolítica contiene varios procesos, y entre ellos se abordan someramente más abajo dos que están íntimamente vinculados a esa entremezcla de temor, violencia e indiferencia. Por un lado, el agotamiento de innovaciones, reformas o cambios sustantivos en la política en sí misma; por otro lado, un vaciamiento de la moral, de las consideraciones sobre el bien y el mal, lo incorrecto y lo correcto, en amplias mayorías. Estas condiciones están superpuestas y alimentan la deriva necropolítica.

Agotamiento político

Las condiciones de aceptación y resignación, la desconfianza y la despolitización, aparecen bajo muy distintos regímenes políticos, siguiendo distintas ideologías, y no solamente en América Latina. Están operando procesos a niveles más profundos, que no pueden ser simplemente interpretados como crisis acotadas a los campos político o económico, y esencialmente diferentes unas de otras. Incluso, abordar esta problemática empleando conocidos conceptos como clase, raza o subalternidad pueden ofrecer utilidades específicas, pero también se vuelven insuficientes.

Ante esas circunstancias, se puede presentar como hipótesis que estamos ante el agotamiento de la política de la Modernidad. Esa palabra califica la incapacidad para generar respuestas, sean innovaciones o reformas, sea en las prácticas o en las instituciones, para revertir la sucesión de crisis que se sustentan sobre la violencia y la muerte. Es un agotamiento porque ya no hay novedades para enfrentar esos problemas, y ello lleva a la necropolítica.

Esta hipótesis no implica que la política desaparezca. No es un final al que le sigue un vacío político, ya que se mantienen operando los conglomerados partidarios, podrán repetirse protestas ciudadanas, los reclamos judiciales, las acciones estatales y así sucesivamente. Tampoco significa inmovilismo, ya que por un lado ocurren avances de las posturas conservadoras o ultraconservadoras, o incluso brotes fascistas y autoritarios, y del otro lado, se renuevan las resistencias y movilizaciones ciudadanas que operan en sentido contrario. Esas idas y venidas son observables, por ejemplo, en Chile, Brasil, Ecuador y Argentina.

Bajo este agotamiento, la política de la Modernidad ya no genera soluciones para los problemas que ella misma desencadena, no provee innovaciones que sean efectivas en superar sus contradicciones y consecuencias negativas. Los cambios y alternativas terminan restringidos a reformas y ajustes dentro de esa política moderna. El reformismo hace que para muchos “todo siga igual”, y los grupos político partidarios que se identifican de derecha o izquierda terminan en gestiones que varias veces son denunciadas como similares. La biopolítica no opera y es invadida por la necropolítica.

La mezcla de incapacidades y violencias alimenta constantemente el temor, la indiferencia y la lejanía de crecientes sectores sociales. No actúan o no logran imponerse mecanismos que, por ejemplo, realmente aseguren mejoras en la calidad de vida o que bloqueen y sancionen las violaciones a los derechos de las personas y de la Naturaleza. El agotamiento también incide en evitar, minimizar o impedir que se adviertan estos deterioros. La necropolítica genera sus propias cegueras.

Moralidades amputadas

La condición necropolítica ha acechado por largo tiempo, como se indicó arriba, y se pueden indicar múltiples episodios. Es un fenómeno que está inmerso en la tradición de la Modernidad, como se ha advertido en muchos análisis. Por ejemplo, Zygmunt Bauman al reflexionar sobre el holocausto que sufrieron millones de judíos en la Segunda Guerra Mundial del siglo XX, no duda en indicar que ello fue posible por la tendencia a “degradar, excluir y deslegitimar las motivaciones éticas de la acción social” (Bauman, 1989: 28). El agotamiento político de la Modernidad opera asociado a procesos por los cuales se “despoja de todo cálculo moral, la utilización y despliegue de la violencia” y se anula la interferencia de normas o de inhibiciones morales (Bauman, 1989: 28).

Sean eventos pasados como otros actuales, por ejemplo, la naturalización de la violencia urbana o las matanzas en áreas rurales en América Latina, pueden ser descritos como propios de la “barbarie”. Ese concepto es definido por Claus Offe como una “insensibilidad especial ante la violación de las normas, una indiferencia hacia los derechos de la otra gente a la integridad y al reconocimiento”, que discurre tanto por acciones como por omisiones (Offe, 2007: 27). Es un “marchitamiento de una moralidad”, un derrumbe de inhibiciones que lograban impedir, por ejemplo, la violencia macabra, y que no se deben necesariamente a una ausencia o destrucción de las eventuales normas que se cuentan en cada país, sino que las que hubieran sido “olvidadas”, despreciadas o subvertidas.

La relevancia de la mirada de Offe está en evidenciar que bajo la “barbarie” se constituyen relaciones triangulares: los perpetradores de la violencia, sus víctimas, pero también los que observan esa situación en silencio, calladamente, tolerándola y alimentando una anestesia moral como si el perpetrador estuviera más allá del bien y del mal (Offe, 2007).

El acento en este análisis no está en la moralidad o inmoralidad, pongamos por casos, de la banda criminal que mató a los pescadores en Esmeraldas, los grupos armados que sostienen la minería ilegal de oro que destruye comunidades indígenas amazónicas, los sicarios de los narcotraficantes en los barrios de ciudades como São Paulo. En cambio, en esta reflexión sobre la necropolítica la mirada está puesta en ese tercer actor, que es ese enorme colectivo de quienes miran en silencio o resignados lo que ocurre. No es que las mayorías repentinamente se volvieron insensibles, sino que están operando varios procesos.

En esa condición actúan varios factores. Entre ellos puede indicarse que en los últimos años se ha promovido, con cierto éxito, que mandatos morales de muy distinto contenido pueden ser substituidos unos por otros. Por ejemplo, cuando en el pasado era inaceptable la desaparición de un sitio de valor histórico, ahora se lo acepta e incluso se lo asume correcto si hay a cambio una compensación económica. De ese modo, la noción de ciertos contenidos morales como irremplazables se desvanece, y con ello pasa a primer plano que las demandas morales pueden ser compensadas o negociadas. Es así que bajo la necropolítica se acepta la violencia e incluso la desaparición, pongamos por caso, de comunidades rurales a cambio de mantener operando extractivismos de distintos tipos, los que son legitimados como indispensables para mantener el crecimiento de la economía nacional.

En algunas situaciones los que están horrorizados por esos acontecimientos no pueden reaccionar o expresarlo, precisamente por las condiciones de violencia, inoperancia estatal o el autoritarismo; la denuncia o resistencia pone en riesgo la propia sobrevivencia, y el temor prevalece.

También hay contextos en los cuales, además, los que sufren naturalizan esa violencia para a su vez replicarla sobre otros aún más excluidos o marginalizados. Todos hemos sido testigos, de la sucesión de muertes y venganzas entre bandas criminales en los barrios más pobres de una ciudad, o el desprecio hacia los migrantes. Mbembe agudamente advierte que, como ahora prevalece el empobrecimiento y desclasamiento, están los que se sienten amenazados por “otros más desgraciados”, y en lugar de responsabilizar a quienes producen esas condiciones “reclaman más brutalidad contra aquellas y aquellos que han sido despojados de casi todo” (Mbembe, 2022: 20). Al mismo tiempo, desde otros sectores sociales

se observan esos eventos y se culpabiliza a quienes los sufren como los responsables de sus desgracias. Tal como adelanta Tyner (2019), estos son los resultados de las distorsiones morales bajo lo que describe como necrocapitalismo.

En efecto, se suman factores por los cuales desaparecen exigencias morales para dar paso a la indiferencia y la aceptación. La situación extrema ocurre cuando a las personas se les bloquean o extirpan sus agencias morales (Tessman, 2015: 1017). Las urgencias de muchos están en sobrevivir, no encuentran hacia dónde escapar, no pueden sopesar las consecuencias de sus acciones y tampoco encuentran algo distinto para elegir. Languidecen, casi como muertos vivos, donde lo que era inmoral, intolerable e incluso horrible unas veces es aceptado y otras tolerado, o ni siquiera pueden hacer una evaluación moral. Es un vacío moral; no hay posibles mejores o más correctas y en esa ausencia se cae en la indiferencia, omisión o silencio. Se les ha amputado de una condición fundamental de cualquier ser humano. Estas son las condiciones que permite la necropolítica.

Eso permite que, al mismo tiempo, los que defienden la necesidad de mantener una economía “viva” a pesar de la muerte que implica, prevalezcan. Eso hace que, por ejemplo, la muerte alrededor de la minería de oro aluvial en zonas amazónicas, no sea vivida como moralmente incorrecta, o incluso perversa, para las mayorías en las ciudades. Y que, al mismo tiempo, se etiquete a quienes la denuncian como peligrosos, excéntricos o banales. Existen reacciones y son muchas, pero no logran ampliarse y fortalecerse para imponer cambios en el funcionamiento político.

Moral y emancipación

Bajo la deriva necropolítica, la reflexión, e incluso la aspiración por la justicia, pierde sustento. La prevalencia del temor y las moralidades ausentes, en circunstancias donde se lucha por una sobrevivencia inmediata sin siquiera poder imaginar futuros, es una condición muy severa. Ante esta mantienen toda su relevancia las nociones de la justicia, lo que sirve para retomar las referencias que hacía “Paco” Rhon a sus lecturas. Tomando en cuenta los aportes de Marx, allí se encontrarán valiosas indicaciones sobre los modos de analizar las coyunturas, junto a críticas agudas sobre la problemática del capitalismo, en cuestiones como la alienación o la fetichización, las que son relevantes para lidiar con la necropolítica.

Pero, cuando se aborda el papel de las agencias morales en el sentido tratado arriba, aparecen dificultades. Es que Marx rechazaba el concepto de una moral universal y permanente. A su juicio, la moral sería propia de ideologías, asumidas

como una falsa conciencia, como si fuera el opio de una religión. Lo que se entendía usualmente como moral, según esa posición, respondía a los intereses de las clases dominantes.

En efecto, en el manifiesto comunista, Marx junto a Engels indican que para el “proletariado” las leyes, la moral, la religión son “meros prejuicios burgueses” detrás de las cuales se ocultan los “intereses burgueses” (Marx y Engels, [1984] 2021). Consideran que cualquier ideología, incluyendo en ello a la moral, la religión y la metafísica son “sublimaciones nebulosas” sin sustantividad, ya que son la producción y el intercambio material, las circunstancias materiales de la vida, lo que determina la conciencia, y no a la inversa, como explican en *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1974).

De todos modos, las denuncias y cuestionamientos de Marx a las condiciones de opresión, miseria y alienación implicaban compromisos morales. Marx era un “pensador vigorosamente moral”, afirmó Terry Eagleton, incluso un “verdadero moralista en la más pura tradición” aristotélica que procuraba la vida libre y plena, aunque al mismo tiempo no cultivaba un “moralismo” (Eagleton, 2011: 154-5). Muchos seguidores de Marx rescatan, sea en sus manuscritos de la juventud, sea en sus prácticas de periodista y militante, un lugar para la moral (como se analiza, por ejemplo, en Bilbao Ariztimuño, 2022).

Sin embargo, el mismo Eagleton admite las diferencias al explicar que las transformaciones esperadas no buscan un consenso moral o una virtud “resplandeciente” que todos comparten, ni siquiera dependen de la buena voluntad de una persona, sino que resultan de prácticas e instituciones sociales (2011: 93). Los “marxistas” son “tipos realistas que se muestran escépticos ante cualquier moralismo elevado y recelan del idealismo” (Eagleton, 2011: 83).

Ese posicionamiento sobre la moral condiciona, los cuestionamientos posibles sobre las injusticias del capitalismo y, al mismo tiempo, limita las alternativas. Estas no podrían aspirar, por ejemplo, a ideales de una buena vida, que en el fondo son morales o a los derechos de la Naturaleza, ya que implican valores propios en lo no-humano. Ese Marx se plantaba en el determinismo histórico que respondía a leyes naturales, las que llevarían a que el capitalismo, inevitablemente, llegara a crisis terminales para ser enseguida reemplazado por algún tipo de socialismo. Es obvio que no puede esperarse ese derrumbe, dado el ritmo de destrucción ambiental y social que estamos presenciando plagado de injusticias de todo tipo.

Bajo estos y otros conceptos, las ideas originales de Marx y las elaboraciones de los marxismos que le siguieron, tanto se alejan como acercan a diferentes interpretaciones de la justicia, provocando todo tipo de tensiones. El desenten-

dimiento de la moral permitió que en muchos casos se toleraran prácticas por las cuales los fines justificaban los medios, o se rechazara cualquier crítica independientemente de su pertinencia o validez. También fue posible que en un giro contrario al de Marx cayera en guías moralistas; por ejemplo, el manual de ética marxista oficialista soviético de Shishkin (1966) defiende una “moral comunista” con elementos tales como la fidelidad, el trabajo honesto, el matrimonio y la familia, etcétera.

Sin embargo, al mismo tiempo hay otros elementos destacados y rescatables en la tradición de Marx que son indispensables para enfrentar la necropolítica. Es claro el compromiso con la libertad, entendiéndola como la emancipación de cada individuo y de los colectivos. Ese propósito es claro, por ejemplo, en su manifiesto, donde indican que la antigua sociedad será substituida por otra donde el libre desenvolvimiento de cada persona será la condición para el libre desenvolvimiento de todos (Marx y Engels, [1984] 2021).

La libertad, sea bajo esa u otras concepciones, es carcomida por la necropolítica. Es más, puede argumentarse que la anulación de la agencia moral es una de las expresiones de la opresión (en el sentido de Tessman, 2015; 2017).

La posibilidad de la política

En tanto la necropolítica es consecuencia del agotamiento de los modos de entender, sentir y practicar la política en la Modernidad, es necesario explorar qué se entiende por “política”. Eso puede hacerse recurriendo al texto de Arendt que “Paco” Rhon tenía al alcance de su mano. En *¿Qué es la política?*, una colección de fragmentos y borradores publicados póstumamente, cuando la alemana se pregunta sobre el sentido de la política, ofrece dos respuestas (Arendt, 2013: 62).

La primera remite al sentido de la libertad, señalando que ese propósito es tan antiguo como la idea misma de política. Sin embargo, ya en su tiempo, advierte que ese propósito está amenazado por los totalitarismos bajo los cuales desaparece la libertad. Dando un paso más, repleto de implicaciones, se pregunta si bajo las condiciones modernas la libertad es conciliable con la política.

Su segunda respuesta considera que en la Modernidad los Estados cuentan con la posibilidad de la aniquilación, por lo cual la política ya no sólo se enfrenta con la cuestión de la libertad sino con la posibilidad de la vida misma. Está en juego la “existencia de la humanidad y tal vez toda la vida orgánica sobre la tierra”. Su reflexión atiende al riesgo de una guerra nuclear tal como se lo entendía a mediados del siglo pasado, pero también coincide con lo que se observa actual-

mente, tanto por la permanencia de las guerras como por la debacle ecológica planetaria que pone en riesgo a toda la vida. En ese sentido, Arendt se pregunta si la política y la conservación de la vida son compatibles.

Las implicancias sobre la libertad han sido exploradas repetidamente. Incluso bajo el formalismo democrático, la libertad puede disolverse “en la preocupación exclusiva del interés privado de individuos replegados en sí mismos e indiferentes a la suerte de los demás” (Zarka, 2019: 88), lo que inmediatamente recuerda las advertencias de Zuleta indicadas arriba.

En efecto, la destrucción de la vida tolerada bajo el agotamiento político. Zuleta lo advertía en otra reflexión, en 1989,¹⁰ sosteniendo que uno de los “aspectos más tristes de la miseria es la miseria vivida como una fatalidad natural”. Agrega que se cae en una “tragedia sin esperanza”, por la cual no se combate ni se suman fuerzas para empresas comunes, sino que se agregan en la desesperación o la resignación” (Zuleta, 2015: 21). Una democracia sustantiva se vuelve imposible, ya que la resignación es una de las “virtudes menos democráticas”, tal como indicaba Zuleta.

El agotamiento de la política hace que se repitan estrategias de desarrollo y políticas públicas que están poniendo en jaque la vida dentro de nuestros países y a escala planetaria. Es un modo de entender y sentir la política, pero, como al mismo tiempo se anulan las agencias morales, se disemina la desesperanza o indiferencia ante la política, se deterioran o desechan componentes y procesos esenciales para la propia política. Esta necropolítica no solo naturaliza la indiferencia con la muerte, sino que reclama mantener y expandir las economías políticas que la producen.

De esos modos, regresando a las respuestas de Arendt, la necropolítica anula o deja sin sustento la libertad; la emancipación es subordinada a mantener vivas las economías a pesar del miedo y las muertes que provoca, y la democracia sustantiva se desvanece. Se alimentan las condiciones para que se multipliquen esos terceros actores pasivos, los espectadores que toleran o son indiferentes a la violencia, tal como señalaba Offe. Pero esta necropolítica es, al mismo tiempo, una política incompatible con la conservación de la vida, tal como intuía Arendt, no solamente la humana, sino que también amenaza a todas las demás vidas en el planeta.

¹⁰ “La democracia y la paz”, conferencia realizada en un campamento del movimiento armado M-19 en espera de negociaciones de paz, en Santo Domingo, Cauca, en 1989; en Zuleta (2015).

Una confusión para buscar alternativas

La reflexión sobre la necropolítica merece una confusión, recuperando así la palabra empleada por “Paco” Rhon, pero entendiéndola como un ejercicio donde se mezclan y contrastan ideas. Una confusión que sirve para alumbrar opciones alternativas.

La necropolítica es una condición que actualmente está frente a todos nosotros, pero no es advertida ni reconocida. Prevalecen análisis parciales, donde tal vez los más frecuentes sean los que abordan las crisis como ancladas en un momento o desconectadas entre sí, y que podrían resolverse con distintos reformismos. Pero la situación es ahora distinta, los modos de entender y sentir la política están cambiando, y comienza a prevalecer la necropolítica. Por lo tanto, una primera tarea es poner en evidencia a la necropolítica, reconocer su presencia y asumir su gravedad.

Ese escrutinio se puede realizar con distintos énfasis, y aquí se ha seguido un recorrido entre varios posibles. Pero existen otras miradas que usan términos como los de tanatopolítica o necrocapitalismo, de enorme valor. También es imprescindible complementarlo con una reflexión ajustada a las realidades del sur para no reproducir un colonialismo de ideas restringido a los saberes del norte. Todo esto remite a una segunda tarea que debería centrarse en hurgar con más profundidad los modos por los cuales se consolida la necropolítica.

En ese sentido, rápidamente se advierte la necesidad de una tercera tarea enfocada en la problemática de las ausencias morales. La cuestión no es sencilla por variadas razones, y entre ellas, en especial, por la resistencia de distintas corrientes a defender moralidades universales. Es una preocupación legítima, en consonancia con las advertencias de Marx, preocupada en evitar dogmatismos o fundamentalismos moralistas.

Pero, al mismo tiempo, se debe asumir que cualquier alternativa necesita como preconditiones recuperar la agencia moral. Las personas deben poder romper con la opresión que impide que discutan, sopesen y asuman posturas sobre lo correcto e incorrecto, sobre el bien y el mal, lo aceptable o intolerable en nuestras sociedades. Dicho de otro modo, es imprescindible permitir volver a horrorizarse con las muertes, espantarse con la debacle ecológica, y expresar esas posiciones con voces propias y en prácticas bajo total libertad.

Un cuarto aspecto reside en que las alternativas para enfrentar la necropolítica requieren reconstituir la política, pero al mismo tiempo hacerlo desde un compromiso con la vida. Se puede llegar a esa convicción desde diferentes posturas o creencias, y en ello no se exige caer en dogmatismos. La política sólo puede ser

vivida por sujetos vivos y libres, y esas condiciones son esenciales a ella misma. “Paco” Rhon invocaba ese tipo de compromisos desde el “Dios de la vida”, como muchas veces me lo reconocía, y otras personas podrán hacerlo desde otras fuentes.

En realidad, el encuentro en la defensa de la vida es desde donde se pueden derivar diferentes moralidades, las que a su vez teñirán las políticas. No hay una precondition de unanimidad, pero sí es un requisito indispensable contar con espacios y mecanismos libres y democráticos para hacerlo. Regresando otra vez a Zuleta, le asistía la razón cuando afirmaba que es necesario recuperar la esperanza, y que ésta es “una de las virtudes más democráticas”. Ese es un propósito que también compartía “Paco” Rhon, ya que en múltiples ocasiones celebrábamos los avances y sufríamos los retrocesos democráticos en nuestros países.

Finalmente, bajo esas condiciones la política que asoma es distinta en aspectos clave a aquella que prevalece en la Modernidad, y así debe serlo porque ésta se agotó y es la que genera la necropolítica. Es entonces una “política otra”, distinta y diferente, y que debe comenzar a serlo por ese compromiso en la defensa de la vida, de toda ella, tanto humana como la que alberga la naturaleza. Esa tarea de construir una política de otros modos es una lección que “Paco” Rhon nos ha dejado a todos nosotros.

Bibliografía

Agmben, Giorgio

2020. *Homo sacer: El poder soberano y la vida desnuda*. Adriana Hidalgo. Buenos Aires.

Arendt, Hannah

2013. ¿Qué es la política? Paidós. Buenos Aires.

Atahuichi, Rubén

2023. “Morales invita a Arce y a Choquehuanca al congreso de ‘unidad’ del MAS en Lauca Ñ”. En *La Razón* (25 de junio). Recuperado de: <https://n9.cl/yo1df>.

Bauman, Zygmunt

1989. *Modernity and the Holocaust*. Polity Press. Cambridge.

Beck, Ulrich

1998. *La invención de lo político*. Fondo Cultura Económica. Buenos Aires.

Bilbao Ariztimuño, Kepa

2022. *Ética y política en Maquiavelo, Weber y Marx*. Catarata. Madrid.

Castro G., Lourdes y Muñoz M., Sirley

2022. *Teatro de Sombras, Informe Anual 2021*. Sistema de Información sobre Agresiones contra Personas Defensoras de Derechos Humanos en Colombia. Programa Somos Defensores. Bogotá. Recuperado de: <https://n9.cl/iddbt>.

- Crouch, Colin
2004. *Posdemocracia*. Taurus. Madrid.
- De Echave, José
2023. “Las cifras que duelen”. En *Noticias Ser* (3 de enero). Recuperado de: <https://n9.cl/x2gs4>.
- Eagleton, Terry
2011. *Por qué Marx tenía razón*. Península. Barcelona.
- Fidanza, Ariel
2022. “El año del desierto. El gobierno de Eduardo Duhalde y su ‘trabajo sucio’”. En *Revista Anfibia*. Recuperado de: <https://n9.cl/14g2u>.
- Foucault, Michel
2021. *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo Cultura Económica. Buenos Aires.
- García-Mayoral, Álvaro
2023. Agotamiento del modelo neoliberal en Ecuador: La caída de Guillermo Lasso. *Análisis*, N° 10. Fundación Carolina. Madrid.
- Gudynas, Eduardo
2021. Necropolítica: la política del dejar morir en tiempos de pandemia. En *Palabra Salvaje*, N° 2.
- Hay, Colin
2007. *Why we hate politics*. Polity. Cambridge.
- Hylton, Forrest y Tauss, Aaron
2023. “Colombia en tiempos de Petro. Expectativas de cambio y riesgo de «empate catastrófico»”. En *Nueva Sociedad*, N° 305.
- Judt, Tony
2011. *Algo va mal*. Taurus. Madrid.
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel
2018. *How democracies die*. Crown. New York.
- Mair, Peter
2013. *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*. Verso. Londres.
- Manacés Valverde, Jesús y Carmen Gómez Calleja.
2013. *La verdad de Bagua. Informe en minoría de la Comisión Especial para investigar y analizar los sucesos de Bagua*. Comisión de Derechos Humanos (COMISEDH) e Instituto de Defensa Legal (IDL). Lima.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich
1974. *La ideología alemana*. Pueblos Unidos. Montevideo.
-
- [1984] 2021. *El manifiesto comunista*. Galaxia Gutenberg. Barcelona.
- Mbembe, Achille
2022. *Brutalismo*. Paidós. Barcelona.

2011. *Necropolítica*. Melusina. Santa Cruz de Tenerife.
- Mella, Carolina
2023. “Un comando de 30 sicarios y nueve muertos: la furia del crimen perpetra una masacre contra pescadores en Ecuador”. En *El País* (13 de abril). Recuperado de: <https://n9.cl/zdkj9>.
- Muggah, Robert
2022. “In the Americas, Homicide Is the Other Killer Epidemic”. En *Foreign Policy* (20 de mayo). Recuperado de: <https://n9.cl/z63m1>.
- Offe, Claus
2007. La “barbarie” moderna, ¿un microestado de la naturaleza?”. En *Papers, Revista Sociología*, N° 84. Universidad Autónoma Barcelona.
- Ospina Peralta, Pablo
2022. “‘Nada solo para los indios’ ¿Por qué la Conaie sigue liderando las protestas en Ecuador?”. En *Nueva Sociedad*. Recuperado de: <https://n9.cl/0jot2>.
- Palti, Elías J.
2018. *Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo XVII*. Fondo Cultura Económica. Buenos Aires.
- Patriau, Enrique
2022. “José Carlos Agüero: ‘La gente suele decir que estamos en una crisis política, pero es otra cosa: es un colapso social’”. En *La República* (18 de diciembre). Recuperado de: <https://n9.cl/smus5>.
- Piva, Adrián
2022. Economía y política en la larga crisis argentina (2012-2021). *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, 35 (98): 157-189.
- Quispe Sánchez, Diego y Prado, Elizabeth
2023. “Dina Boluarte sería blindada en el Congreso pese a los 67 muertos”. En *La República* (28 de marzo). Recuperado de: <https://n9.cl/988ra>.
- Rivera Cusicanqui, Silvia
2010. *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. La Mirada Salvaje. La Paz.
- Romero, César
2023. “Corte Suprema dice que no hay derecho a la protesta; es un acto ilícito”. En *La República* (18 de mayo). Recuperado de: <https://n9.cl/mains>.
- Shishkin, Aleksandr F.
1966. *Ética marxista*. Grijalbo. México.
- Singer, André
2023. “El regreso de Lula”. En *Nueva Sociedad*, N° 305.
- Tanaka, Martín
2023. “Martín Tanaka: ‘Hay una coalición de derecha conservadora que aplaude la estrategia de continuar’”. [Video] *La República entrevoces* (10 de marzo).

Recuperado de: <https://n9.cl/8b27e>.

Taylor, Peter J.

1996. *The way the modern world works. World hegemony to world impasse*. Wiley. West Sussex.

Tessman, Lisa

2017. *When doing the right thing is impossible*. Oxford University Press. New York.

2015. *Moral failure. On the impossible demands of morality*. Oxford University Press. New York.

Titelman, Noam y Leighton, Tomás

2022. “¿Por qué ganó el rechazo a la nueva Constitución chilena?”. En *Nueva Sociedad*, N° 301.

Trelles, Ana

2023. “Entrevista. Eduardo Cáceres: ‘Disparar a multitudes movilizadas en marchas, eso no sucedió ni en el fujimorismo’”. En *Noticias Ser* (3 de julio). Recuperado de: <https://n9.cl/uqehc>.

Tyner, James

2019. *Dead labor. Toward a political economy of premature death*. University Minnesota Press. Minneapolis.

Zarka, Yves C.

2019. *Metamorfosis del monstruo político. Y otros ensayos sobre la democracia*. Herder. Barcelona.

Zuleta, Estanislao

2015. *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Ariel. Bogotá.

Recursos Digitales

Amnistía Internacional

2023. *Colombia. Información extraída del Informe 2022/23*. Recuperado de: <https://n9.cl/dfy51>.

Human Rights Watch

2021. “Colombia. Eventos de 2021”. Recuperado de: <https://n9.cl/xbhof>.

Latinobarómetro.

2021. *Adiós a Macondo*. Corporación Latinobarómetro. Santiago.

La República

2023. “Congreso en su peor aprobación y protestas sin resultados para la renuncia de Boluarte y adelanto de elecciones, según encuesta del IEP”. Recuperado de: <https://n9.cl/phxyw6>.